



San Juan Pablo II, en seis puntos

Meditación en la fiesta de san Juan Pablo II, 22-X-2026

El Evangelio de hoy nos ofrecen la clave para comprender la figura y legado de san Juan Pablo II, a quien hoy recordamos con gratitud: «He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lc. 12, 49). Al contemplar la magnitud de la obra de este Papa nos quedamos ciertamente sorprendidos, no solo porque se trata del tercer pontificado más grande de la historia, cuyas cifras externas no dejan lugar a dudas —viajes, mensajes, textos, canonizaciones, iniciativas, documentos, Catecismo, Códigos de derecho canónico, el Gran Jubileo del año 2000, etc.—, sino sobre todo porque a través de todo ello podemos asomarnos al mundo interior de nuestro Santo: a ese fuego interior que le animaba: «el amor a Jesucristo ha sido la fuerza dominante en el corazón de nuestro querido Santo Padre, quien le haya contemplado rezar, lo sabe», dijo a propósito el entonces Card. Ratzinger en la misa de exequias.

Este fue y sigue siendo, el secreto que hace tan atractiva la figura de san Juan Pablo II para todo tipo de personas: a la manera de san Pablo, todo lo consideraba una pérdida y lo tenía por basura, para ganar a Cristo y vivir unido a él (cf. Flp. 3, 8-9, aclamación antes del Evangelio). Al Papa Wojtyła la Providencia le asignó la tarea de introducir a la Iglesia en el Tercer Milenio de su historia, situando a Cristo en el horizonte hacia el cual la Iglesia debe mirar: *«no se trata de inventar un nuevo programa, el programa ya está hecho. Es el programa de siempre, recogido en el Evangelio y la gran tradición viva de la Iglesia. Y consiste, en definitiva, en Cristo mismo al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida Trinitaria y transformar con él nuestra historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celestial»* (Novo millenio ineunte, n. 29).

Cristo está en el centro, desde el comienzo hasta el final de su vida: *«haced espacio en vuestro espíritu a Cristo redentor, de manera que él se convierta cada vez más en el centro natural de vuestros pensamientos, en el polo magnético de vuestros afectos y en la razón última de cada opción de vuestra vida»* (Discurso a los redentoristas, 23-XII-79), *«el secreto es siempre la Pasión por Cristo, “para mí la vida es Cristo” (Flp. 1, 21)...»* (Carta a los sacerdotes, 13-III-2005). Este era el fuego que actuaba en el corazón del Santo Padre, el que le impulsaba a salir de sí mismo: por la fe Cristo vivía en él y él en Cristo, “vivo yo, pero ya no yo” (Ga. 2, 20). Arraigado y cimentado en el amor, comprendió la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, experimentó ese amor que sobrepasa todo conocimiento humano, y quedó colmado de la plenitud misma de Dios (cf. Ef. 3, 14-21, primera lectura).

En la vida de san Juan Pablo podemos constatar que “cuida el Señor de aquellos que lo temen y en su bondad confían” (Of. Sal. 32). En efecto, la elocuencia de la entrega de Juan Pablo II se pone de manifiesto no solo en sus obras exteriores —la proclamación del evangelio de la vida y la familia, su trabajo infatigable por la paz, su influencia en los grandes cambios históricos que tuvieron lugar en aquellos años, el impulso a una nueva evangelización y a un nuevo ardor misionero; la defensa y promoción de la dignidad de la persona, etc.—, sino también en su testimonio de entrega total, hasta los últimos momentos de su existencia en que seguía uniendo en la Eucaristía sus sufrimientos a la pasión de Cristo, como escribió en la última carta de su vida.

Intentemos extraer, del rico Magisterio de san Juan Pablo II, seis puntos para nuestra reflexión. Tratemos de asimilarlos:

1. El hombre: Cuando escribió san Juan Pablo II que *«el hombre es el camino de la Iglesia»* (Redentor hominis, n. 14), tenía en mente que la Iglesia no existe para sí misma, sino fundamentalmente para evangelizar: para llevar a los hombres la luz de Dios. Y que *«la verdad que debemos al hombre es, ante todo, la verdad sobre el mismo, ya que una de las mas vistosas debilidades de la situación actual consiste en una inadecuada comprensión del ser humano respecto a sí mismo, a su propia identidad y destino»* (A los obispos del Celam, Puebla, 28-I-1979). La vida humana no se realiza por sí misma, es una cuestión abierta, un proyecto incompleto que es preciso seguir realizando. La pregunta fundamental de todo hombre es cómo vivir, cómo se lleva a cabo ese proyecto de realización, cómo se aprende el arte de vivir, cuál es el camino que conduce a la felicidad. Evangelizar quiere decir mostrar ese camino¹, mejor aún: mostrar que Cristo es no solo el camino, sino también la vida y la verdad. La invitación “conócete a ti mismo”, recogida en la gran tradición intelectual de occidente como “medida mínima de humanidad” (Cf. Fides et ratio, n. 1), es una invitación a descubrir el vínculo que nos une a Aquel que por su Encarnación se ha unido a todo hombre. Fuera de la perspectiva de Cristo la vida humana se convierte en un enigma sin solución (cf. Mensaje para la VII JMJ, 24-XI-1991). En realidad, como recuerda el Concilio, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado, Él muestra el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (cf. GS, n. 22).

2. Los jóvenes: Para Juan Pablo II la vida solo se realiza mediante la entrega sincera de sí a los demás (cf. GS, n. 24). En un mundo marcado por escenarios profundamente contrapuestos es necesaria una nueva generación de constructores que contribuyan eficazmente a hacer realidad la nueva

¹ Cf. Ratzinger, J., *La nueva evangelización*, Conferencia a catequistas y profesores de religión, 10-XII-2000.

civilización del amor: Dios cuenta con nosotros, hace sus planes dependiendo en cierta medida de nuestra libre colaboración, de la generosidad con que le respondamos cada uno (cf. Discurso a los seminaristas irlandeses, ORE 14-X-1979). Consideraba los años de la II Guerra Mundial como la fase formativa más importante de su vida, ya desde aquella época había descubierto que a los jóvenes cuando se les pide todo, dan más². Para Juan Pablo II el cometido fundamental de la juventud es el de dedicarse con decisión a la más fascinante de las tareas: el trabajo sobre sí mismo. Sabía que nada que valga la pena se consigue sin esfuerzo, y que la primera respuesta a la vocación consiste en una adecuada formación (cf. Entrevista, 8-V-1988). Que sin unas sólidas bases humanas cualquier proyecto de vida quedaría privada de su fundamento necesario (cf. Pastores dabo vobis, n. 43). De ahí la importancia, por un lado, de adquirir sólidas convicciones y la necesidad, por otro, del aprendizaje profundo de las virtudes.

Para el Papa cada joven es “un pensamiento de Dios, un latido del corazón de Dios” (A los jóvenes en Kazajistán, Astana, 23-IX-2001). En 2004, en Suiza quiso compartir su propio testimonio: *«También yo, como ustedes, tuve veinte años. Me gustaba hacer deporte, esquiar, declamar. Estudiaba y trabajaba. Tenía deseos e inquietudes. En aquellos años, ya lejanos, en tiempos en que mi patria se hallaba herida por la guerra y luego por el régimen totalitario, buscaba dar un sentido a mi vida. Lo encontré siguiendo al Señor Jesús... ¡No tengas miedo! Dios no se deja vencer en generosidad. Después de casi sesenta años de sacerdocio, me alegra dar aquí, ante todos ustedes, mi testimonio: ¡es muy hermoso poder consumirse hasta el final por la causa del reino de Dios!»* (Discurso, ORE. 11-VI-2004).

3. El amor: *«La vocación al amor es, de modo natural, el elemento más íntimamente unido a los jóvenes. Como sacerdote, me di cuenta muy pronto de esto. Sentía una llamada interior en esta dirección. Hay que preparar a los jóvenes para el matrimonio, hay que enseñarles el amor. El amor no es cosa que se aprenda, ¡y sin embargo no hay nada que sea más necesario enseñar! Siendo aún un joven sacerdote aprendí a amar el amor humano. Éste es uno de los temas fundamentales sobre el que centré mi sacerdocio, mi ministerio desde el púlpito, en el confesionario, y también a través de la palabra escrita. Si se ama el amor humano nace también la viva necesidad de dedicar todas las fuerzas a la búsqueda de un amor hermoso. Porque el amor es hermoso. Los jóvenes, en el fondo, buscan siempre la belleza del amor, quieren que su amor sea bello»* (Cruzando el umbral de la esperanza, Plaza & Janés, Barcelona 1994, pp. 132-133).

² “A los jóvenes, si se les pide poco, no dan nada; si se les pide todo, dan más” (Timon David, *Patronatos de juventud*, Ed. Litúrgica, Barcelona, 1945).

Siendo un tema tan amplio y que recorre prácticamente toda la obra de san Juan Pablo II, me limitaré a unas cuantas sugerencias: *«La única actitud adecuada ante la persona es el amor... esta es la única antítesis a su instrumentalización»* (K. Wojtyła, Amor y responsabilidad, p. 51). *“El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”* (Redemptor hominis, n. 10). *“El amor no es una aventura. Posee el sabor de toda la persona. Tiene su peso específico. Y el peso de todo su destino. No puede durar solo un instante. La eternidad del hombre lo compenetra. Por esto se le encuentra en las dimensiones de Dios... El amor es un continuo desafío que nos lanza Dios, y lo hace, tal vez, para que nosotros desafiemos también el destino”* (K. Wojtyła, El Taller del Orfebre, p. 55 y 80)

“Antes de declarar el amor hay que preguntarse: ¿es verdadero, suficientemente maduro y profundo para no decepcionar la inmensa confianza de la otra persona ni la esperanza, nacida de su amor, de que al entregarse ella no pierde su alma, sino que, por el contrario, encuentra una mayor plenitud de ser?” (Karol Wojtyła, Amor y responsabilidad, p. 160).

«Algunas veces la vida humana parece ser demasiado corta para el amor. Otras veces es el amor el que parece ser demasiado corto para una larga vida. En todo caso, el ser humano está dispuesto a vivir y también está dispuesto a amar. Entonces, ¿cómo hacer con ambas cosas un conjunto que tenga sentido?» (Karol Wojtyła, Tutte le opere letterarie, Bompiani, Milano 2001, pág. 867. Trad. nuestra).

4. La santidad: La frase de san Juan Pablo II *«haceos santos y pronto santos»* (Discurso a los josefinos, 1-XII-1978), nos recuerda no solo la urgencia de la santidad, su carácter prioritario entre todas las cosas que podemos considerar esenciales. Se trata de una exigencia vital del bautismo, no de un añadido para dar un toque de piedad a la vida: *«si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, regida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Es el momento de proponer a todos con convicción este alto grado de la vida cristiana ordinaria»* (Novo millenio ineunte, n. 31). La vida de san Juan Pablo II nos enseña que solo desde el terreno de la santidad se puede ejercer un apostolado eficaz: solo un santo puede ser, en un mundo cada vez más secularizado, testigo transparente de Cristo y de su Evangelio (Cf. Don y misterio, IX, La cura animarum), que no existe ni puede existir apostolado sin la vida interior, sin la oración y sin una perseverante aspiración a la santidad (Homilia, Toledo, 4-XI-1982. Y que es la santidad del apóstol la que suscita admiración, hace pensar, convence y, si Dios quiere, también convierte (Discurso, 1-II-2003).

El Papa Juan Pablo II, que nos mostró el verdadero rostro de la Iglesia en los numerosos beatos y santos que proclamó, también pidió perdón por el mal causado en el transcurso de la historia por las palabras o los actos de hombres de la Iglesia. De este modo, también a nosotros nos ha hecho ver nuestra verdadera imagen, y nos ha exhortado a entrar, con todos nuestros defectos y debilidades, en la muchedumbre de los santos. En el fondo, consuela que exista la cizaña en la Iglesia. Así, no obstante todos nuestros defectos, podemos esperar estar aún entre los que siguen a Jesús, que ha llamado precisamente a los pecadores. La Iglesia es como una familia humana, pero es también al mismo tiempo la gran familia de Dios, mediante la cual él establece un espacio de comunión y unidad entre todos los hombres. Por eso nos alegramos de pertenecer a esta gran familia; de tener hermanos y amigos en todas partes, pertenecer a una familia tan grande como el mundo, que comprende el cielo y la tierra, el pasado, el presente y el futuro.

5. El sacerdocio: *«En contacto continuo con la santidad de Dios, el sacerdote debe llegar a ser él mismo santo. Su mismo ministerio lo compromete a una opción de vida inspirada en el radicalismo evangélico (...) Si el Concilio Vaticano II habla de la vocación universal a la santidad, en el caso del sacerdote es preciso hablar de una especial vocación a la santidad. ¡Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos! Solamente un sacerdote santo puede ser, en un mundo cada vez más secularizado, testigo transparente de Cristo y de su Evangelio. Solamente así el sacerdote puede ser guía de los hombres y maestro de santidad. Los hombres, sobre todo los jóvenes, esperan un guía así. ¡El sacerdote puede ser guía y maestro en la medida en que es un testigo auténtico! (...) En mi ya larga experiencia, a través de situaciones tan diversas, me he afianzado en la convicción de que sólo desde el terreno de la santidad sacerdotal puede desarrollarse una pastoral eficaz, una verdadera "cura animarum". El auténtico secreto de los éxitos pastorales no está en los medios materiales, y menos aún en la "riqueza de medios". Los frutos duraderos de los esfuerzos pastorales nacen de la santidad del sacerdote. ¡Este es su fundamento! (...) El secreto es siempre la santidad de vida del sacerdote que se expresa en la oración y en la meditación, en el espíritu de sacrificio y en el ardor misionero. Cuando pienso en los años de mi servicio pastoral como sacerdote y como obispo, más me convenzo de lo verdadero y fundamental que es esto» (Don y misterio, p. 87-88).*

Este secreto nos lo ha vuelto a presentar de un modo nuevo en la última carta de su vida, pocos días antes de concluir su servicio como Vicario de Cristo en la tierra: la carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo de 2005, en el año de la Eucaristía. Esta carta ha venido a ser una estupenda síntesis de la vida y ministerio de Juan Pablo II, su verdadero testamento espiritual, su último grito a todo el clero católico para que la Iglesia llegue a ser

lo que es y debe ser, y pueda llevar a cabo la misión que Cristo le confió en el mundo: La existencia sacerdotal ha de tener “forma eucarística”. Las palabras de la institución de la Eucaristía deben ser también una “fórmula de vida”.

Eso ha sido la vida y el ministerio de Juan Pablo II: Una existencia profundamente agradecida. Una existencia totalmente entregada, pan partido para la vida del mundo, autodonación total a Dios y a la Iglesia. Una existencia “salvada” (santa) para salvar. Una existencia que “recuerda”, que es memoria de Cristo, que hace a Cristo presente entre los hombres, siendo lo que más necesitan ellos. Una existencia consagrada, orientada a Cristo. Una existencia “eucarística” aprendida de María. Ella fue su Madre y gran Maestra de vida — *¡totus tuus!*—. Ella lo ha acompañado al Padre y lo ha acogido desde el Padre, como Madre de Misericordia.

«La gente tiene derecho a dirigirse a los sacerdotes con la esperanza de “ver” en ellos a Cristo (cf. Jn 12, 21). Tienen necesidad de ello particularmente los jóvenes, a los cuales Cristo sigue llamando para que sean sus amigos y para proponer a algunos la entrega total a la causa del Reino. No faltarán ciertamente vocaciones si se eleva el tono de nuestra vida sacerdotal, si fuéramos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro ministerio. Un sacerdote “conquistado” por Cristo (cf. Flp 3, 12) “conquista” más fácilmente a otros para que se decidan a compartir la misma aventura» (Carta a los sacerdotes, 13-III-2005)

6. El sentido cristiano del sufrimiento: El Santo Padre, con sus palabras y sus obras, nos donó cosas grandes; pero no menos importante es la lección que nos dio desde la cátedra del sufrimiento y el silencio: la cruz es una verdadera cátedra de amor en la que se aprende a amar en serio (A los jóvenes, Congreso UNIV, 25-III-2002). En su último libro, “Memoria e identidad”, nos dejó una interpretación del sufrimiento, fruto maduro de un largo camino interior, que recorrió con el apoyo de la fe en el Señor crucificado. Esta interpretación, que él había elaborado en la fe y que daba sentido a su sufrimiento vivido en comunión con el del Señor, hablaba a través de su mudo dolor, transformándolo en un gran mensaje.

Tanto al inicio como al final de ese libro, el Papa se muestra profundamente impresionado por el espectáculo del poder del mal que, en el último siglo, pudimos experimentar de modo dramático. Dice textualmente: *«No fue un mal en edición reducida (...). Fue un mal en proporciones gigantescas, un mal que ha usado las estructuras estatales mismas para llevar a cabo su funesto cometido, un mal erigido en sistema»*. ¿El mal es invencible? ¿Es, en verdad, la última fuerza de la historia? A causa de la experiencia del mal, para el Papa Wojtyła la cuestión de la redención se había convertido en la pregunta esencial y central de su vida y de su pensamiento como cristiano.

¿Existe un límite contra el cual se estrella la fuerza del mal? Sí, existe, responde el Papa en ese libro, como también en su encíclica sobre la redención. El poder que pone un límite al mal es la misericordia divina. A la violencia, a la ostentación del mal, se opone en la historia —como “el totalmente otro” de Dios, como el poder propio de Dios— la misericordia divina. Podríamos decir con el Apocalipsis: el cordero es más fuerte que el dragón.

Al final del libro, en la mirada retrospectiva sobre el atentado del 13 de mayo de 1981, y también basándose en la experiencia de su camino con Dios y con el mundo, Juan Pablo II profundizó aún más esta respuesta. El límite del poder del mal, la fuerza que, en última instancia, lo vence es —como él nos dice— el sufrimiento de Dios, el sufrimiento del Hijo de Dios en la cruz: *«El sufrimiento de Dios crucificado no es sólo una forma de dolor entre otros (...). Cristo, padeciendo por todos nosotros, ha dado al sufrimiento un nuevo sentido, lo ha introducido en una nueva dimensión, en otro orden: en el orden del amor. (...) La pasión de Cristo en la cruz ha dado un sentido totalmente nuevo al sufrimiento y lo ha transformado desde dentro. (...) Es el sufrimiento que destruye y consume el mal con el fuego del amor (...). Todo sufrimiento humano, todo dolor, toda enfermedad, encierra en sí una promesa de liberación (...). El mal (...) existe en el mundo también para despertar en nosotros el amor, que es la entrega de sí mismo (...) a los que se ven afectados por el sufrimiento. (...) Cristo es el Redentor del mundo: (...) "Sus cicatrices nos curaron" (Is 53, 5)».*

Todo esto no es simplemente teología docta, sino expresión de una fe vivida y madurada en el sufrimiento. Ciertamente, debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para aliviar el dolor e impedir la injusticia que causa el sufrimiento de los inocentes. Sin embargo, también debemos hacer todo lo posible para que los hombres puedan descubrir el sentido del dolor, para ser así capaces de aceptar nuestros propios padecimientos y unirlos al sufrimiento de Cristo. De este modo, ese sufrimiento se funde con el amor redentor y, en consecuencia, se transforma en una fuerza contra el mal en el mundo.

El Santo Padre, Juan Pablo II fue, ya desde su juventud, un hombre y un cristiano extraordinario, un santo, “conoció el amor de Dios y creyó profundamente en él”; fue además sacerdote hasta el final porque ofreció su vida a Dios por sus ovejas y por la entera familia humana, en una entrega cotidiana al servicio de la Iglesia y sobre todo en las duras pruebas de los últimos meses. Realmente ha ido a todos los lugares, incansablemente, para llevar fruto, un fruto que permanece. «Levantaos, vamos», es el título de su penúltimo libro. «Levantaos, vamos». Con esas palabras nos ha despertado de una fe cansada, del sueño de los discípulos de ayer y hoy. «Levantaos, vamos», nos dice hoy también a nosotros.

Podemos volver idealmente en este momento a aquel 22 de octubre de 1978, cuando Juan Pablo II comenzó su ministerio en la Plaza de san Pedro: «¡No temas! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». El papa quería gritar a todo el mundo que quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada —absolutamente nada— de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Solo con esa amistad se abren de par en par las puertas de la vida. Solo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana.

—THE HEART SPEAKS UNTO HEART—
"No queremos grandes tropas, sino francotiradores"

San John Henry Newman, LD IV, p. 143.